

El que susurra en el quinto piso

El que susurra en el quinto piso

© 2026 Helimir E. López

Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2026

ISBN: 978-980-18-8763-8

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida sin autorización previa del autor.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

Publicado por Helimir E. López

novelasdeterror.com

Hecho en Venezuela

El que susurra en el quinto piso

Dedicatoria

A todos los que esperan

Y a los que, por fin, dejaron de hacerlo.

Prólogo

El edificio no siempre fue un edificio.

Antes fue otra cosa. Un lugar donde las paredes escuchaban porque estaban hechas para eso. Donde las puertas no se abrían desde adentro. Donde los números no eran direcciones, sino identidades.

Luego, el tiempo pasó. Las paredes fueron pintadas. Las celdas se convirtieron en departamentos. Las canaletas del subsuelo se taparon con cemento fresco. La gente llegó con sus maletas, sus muebles, sus vidas. Creyeron que empezaban de cero.

Pero el edificio recordaba. El edificio siempre recuerda.

Esta es la historia de una mujer que llegó huyendo. Y del hombre que la esperaba desde antes de que ella naciera.

No es una historia de fantasmas.

Es una historia de los vivos que no pueden irse.

Y de los que, por fin, aprenden a hacerlo.

El que susurra en el quinto piso

Antes de comenzar

Paula huye. Deja atrás una casa, un hombre, una vida que aprendió a soportar en silencio. Su nuevo hogar es un edificio viejo, de esos donde el ascensor huele a naftalina y las escaleras guardan secretos.

En el quinto piso, un vecino que nunca sale. Por las noches, susurra. No palabras. Sonidos. Como si hablara con alguien que no está allí.

Paula empieza a soñar con él. En los sueños, el vecino le muestra una silla vacía. "Siéntate", le dice. "Es tu turno de escuchar."

Pronto descubre que el edificio fue un centro de detención durante la dictadura. Y que el vecino del quinto piso no es un anciano solitario.

Es el único prisionero que nunca salió.

Porque nadie vino a buscarlo.

El pasado no se va. Se muda contigo.

Índice

Portada	i
<u>Página de créditos</u>	ii
<u>Dedicatoria</u>	iii
<u>Prólogo</u>	iv
<u>Antes de comenzar</u>	v
<u>Índice</u>	vi
<u>Escena 1 – La mudanza</u>	1
<u>Escena 2 – El sueño de la silla</u>	18
<u>Escena 3 – La investigación</u>	38
<u>Escena 4 – El archivo</u>	56
<u>Escena 5 – El descenso</u>	71
<u>Escena 6 – El encuentro</u>	87
<u>Escena 7 – La despedida</u>	100
<u>Epílogo</u>	113
<u>Agradecimientos</u>	116
<u>Sobre el autor</u>	115

Escena 1: La mudanza

La primera noche no escuchó nada.

Eso fue lo que se dijo después, cuando los sonidos ya no la dejaban dormir. La primera noche no pasó nada. Estuve a salvo una noche. Porque si hubiera pasado algo la primera noche, tal vez habría empacado al día siguiente. Pero el silencio inicial fue una trampa. Una puerta que se cierra sin ruido y que después no se puede abrir.

Llegó un martes. No cualquier martes: el martes en que por fin dejó de mirar el teléfono cada cinco minutos. Lo había apagado en la estación de servicio de la ruta, después de pagar el tanque lleno con los últimos billetes que le quedaban. El cajero le había devuelto un comprobante. Ella lo rompió en pedazos pequeños y los dejó caer uno por uno en el tacho de basura, como quien siembra semillas que no quiere que germinen.

Antes de eso, antes de la ruta, había estado tres horas sentada en el auto con las manos en el volante sin girarlo. Mirando el portón de la casa. La casa que había sido suya hasta que dejó de serlo, si es que alguna vez lo fue. Las persianas estaban bajas. El auto de él no estaba en la entrada. Pero eso no significaba nada.

El que susurra en el quinto piso

Él siempre había sido bueno para esconderse. Para aparecer cuando ella respiraba aliviada.

El brazo izquierdo le dolía. No el hueso. Algo más adentro. Algo que los médicos llaman contractura y ella llamaba martes. Porque todos los martes dolía igual, como un reloj que no necesita cuerda para seguir marcando la misma hora.

Metió reversa y no miró atrás.

No miró atrás ni siquiera cuando el espejo retrovisor le devolvió la imagen del portón cerrándose solo. Como si la casa le hiciera un gesto de despedida. O de advertencia.

El edificio estaba en una calle que antes había sido importante. Se notaba por los portones de madera tallada, por el zócalo de mármol amarillento en el vestíbulo, por el ascensor con reja de hierro que olía a naftalina y a algo más, algo que no podía nombrar. Como si el edificio respirara por los desagües.

Paula apagó el motor y se quedó un momento con las manos en el volante. Otra vez. La costumbre de no bajar. De no entrar. De no ocupar un espacio como si fuera suyo. Eso también se lo había enseñado él: pedí permiso, incluso para existir.

El que susurra en el quinto piso

Pero él no estaba. Y ella había pagado tres meses por adelantado con la plata que ahorró escondiendo billetes en la funda de la almohada. Él nunca revisaba la funda de la almohada. Prefería revisar su celular, sus bolsillos, el forro de su cartera, la basura. Pero la almohada, nunca. Porque él también tenía sus puntos ciegos. Sus pequeñas miserias.

Bajó del auto. La valija era la única equipaje. En el asiento de atrás, una caja con libros, la computadora, la funda con los ahorros. Nada más. Una vida entera cabe en un auto si uno aprende a no acumular. O si aprenden a quitarte todo menos lo que puedes cargar en brazos.

El vestíbulo olía a cera y a humedad de subsuelo. Las baldosas eran un mosaico roto y vuelto a pegar, como un rompecabezas al que le sobraban piezas. En la pared, un tablón de anuncios con avisos amarillentos: Se vende cuna, Clases de inglés, Se busca a la gata Blanca (responde a Pancho).

—El quinto está vacío —dijo la portera mientras le alcanzaba la llave.

No había dicho hola. No había dicho bienvenida. La portera era una mujer de mandíbula apretada y dedos manchados de nicotina. Vestía una bata de flores desteñidas y unas zapatillas

El que susurra en el quinto piso

que habían sido blancas hacía muchos inviernos. Paula notó que la mujer evitaba mirarla a los ojos. Miraba algo detrás de ella. Algo en el vestíbulo. O en el pasado.

—Vacío —repitió Paula, para confirmar.

—Vacío desde antes que yo llegara. Y hace veinte años que estoy acá.

—¿Por qué no lo alquilan?

La portera finalmente la miró. Tenía los ojos de un verde agotado, como el mar después de una tormenta.

—Porque a nadie le gusta el silencio —dijo—. Y en el quinto no se escucha nada.

Eso último lo dijo con una sonrisa que no llegó a sus ojos. Luego giró la llave en la cerradura del departamento 2-B, le dio una palmada al marco de la puerta y se fue sin despedirse. Paula la escuchó bajar las escaleras. No canturreaba ni tarareaba ni tosía. Caminaba como si quisiera que nadie supiera que estaba ahí.

Como si hubiera aprendido, también, a no hacer ruido. El departamento era más grande de lo que recordaba de la visita.

El que susurra en el quinto piso

Sin muebles, sin cortinas, sin el peso de las cosas de otros, las paredes parecían más altas. El sol de la tarde entraba por una ventana que daba al pulmón, ese hueco interno de los edificios viejos donde la luz no termina de entrar ni de irse. En el fondo del pulmón, abajo, se veía un pedazo de patio con tierra oscura. Y en la tierra, algo que parecía un pozo tapado con chapas.

Paula dejó la única valija en el medio del living y se quedó parada, escuchando.

Nada.

El silencio de los departamentos deshabitados no es como el silencio de una casa vacía. En una casa vacía los pisos crujen por la madera vieja, las cañerías se quejan, el viento encuentra rendijas. Pero en un departamento deshabitado dentro de un edificio habitado hay un silencio vigilante. El silencio de alguien que sabe que no debería estar ahí.

Se sentó en el suelo con la espalda contra la pared. La pared estaba fría. No del frío de la sombra, sino del frío de los sótanos, de los lugares donde el sol no entra desde antes de que ella naciera. Apoyó la nuca contra el revoque y cerró los ojos. Sintió la respiración del edificio. El latido de las cañerías. El rumor eléctrico de los cables viejos.

El que susurra en el quinto piso

Sacó del bolsillo del jean el teléfono apagado. Lo sostuvo en la palma. No vibró. No sonó. Era solo un rectángulo negro de vidrio y metal muerto. Y, sin embargo, pesaba.

—No voy a prenderte —dijo en voz alta.

Su propia voz la sobresaltó. Sonaba distinta en ese espacio desnudo. Más vieja. Más sola.

Guardó el teléfono y empezó a desempaquetar. Colgó la campera en la perilla de la puerta. Puso los libros en una pila contra la pared. La computadora la dejó en el suelo, en un ángulo donde pudiera ver la pantalla desde el colchón. La funda con los ahorros la escondió debajo de una baldosa suelta que encontró en el baño. Él nunca revisaba las baldosas sueltas. Tampoco.

Aprendió, con los años, que su mapa del miedo tenía puntos ciegos muy precisos.

Esa noche durmió en el colchón tirado en el piso de lo que algún día sería la habitación. No puso sábanas. No buscó almohada. Se acostó boca arriba, vestida, con los brazos cruzados sobre el pecho como si se preparara para un viaje largo.

El que susurra en el quinto piso

El edificio se acomodaba a su alrededor. Puertas que se abrían. Agua que corría por cañerías invisibles. El ascensor subiendo y bajando con su ruido de huesos sueltos. Y algo más. Un ruido seco, regular, que venía del piso de arriba. Como si alguien arrastrara una silla de madera sobre baldosa. Pero no una vez. Una y otra vez. El mismo trayecto. Ida y vuelta. Ida y vuelta.

Paula abrió los ojos y miró el techo. El ruido cesó. Exactamente en el momento en que ella levantó la vista. Como si quien lo hacía supiera que ella estaba despierta. Como si la estuviera esperando.

Volvió a cerrar los ojos. Pensó en la ruta. En el cajero. En los billetes que le quedaban. En el teléfono apagado en el bolsillo de la campera, colgada de la perilla de la puerta. Pensó en él. En su forma de inclinar la cabeza cuando iba a pegarle, como si estuviera escuchando una música que solo él podía oír. Pensó en la llave que le quitó, la primera vez. En la tarjeta de crédito que le cortó por la mitad. En el momento en que le dijo si te vas, no vas a tener a nadie y ella supo que tenía razón.

Cuando se durmió, no soñó con nada.

Y esa fue la única noche tranquila que tuvo en ese edificio.

El que susurra en el quinto piso

A la mañana siguiente, Paula bajó a comprar pan. El negocio de la esquina era de esos que todavía tienen cortina de metal y un cartel de Coca-Cola de los ochenta. Adentro olía a yerba y a diario viejo. El dueño era un hombre calvo con anteojos de aumento colgados del cuello.

—¿Vive en el de la esquina? —preguntó mientras envolvía el pan en papel madera.

—En el 2-B —dijo Paula.

El hombre dejó de mover las manos. La miró. Después miró el techo, como si el edificio estuviera ahí nomás, a un par de metros, escuchando.

—¿Y ya escuchó al quinto?

Paula sintió un escalofrío en la nuca.

—¿Por qué me pregunta eso?

El hombre encogió los hombros.

—Porque todo el mundo lo escucha. Pero nadie habla de eso. Como si decir lo escucho fuera lo mismo que decir estuve ahí.

El que susurra en el quinto piso

Cobró el pan, dio el vuelto y se quedó mirando la puerta después de que ella salió. Paula caminó de regreso al edificio con el pan caliente en la mano y la palabra quinto

repitiéndose en la cabeza como un eco.

Esa tarde conoció al portero nocturno. Era un hombre delgado, de esos que parecen hechos de alambre y paciencia. Estaba barriendo el zaguán con una escoba de palo, aunque el piso ya estaba limpio.

—Usted es la nueva —dijo, sin preguntar.

—Paula.

—Aníbal. Barro de noche porque de día no puedo. Me duele la luz.

No dijo me duelen los ojos. Dijo me duele la luz, como si la luz fuera una enfermedad. Paula se quedó un momento a su lado, viéndolo barrer el mismo lugar una y otra vez.

—¿El quinto piso? —preguntó ella, sin atreverse del todo.

Aníbal dejó de barrer. Apoyó la escoba contra la pared y se

El que susurra en el quinto piso

quedó mirando el ascensor.

—Allá arriba —dijo, señalando con la barbilla— no hay nadie. Pero hay algo. Algo que susurra. Yo lo escucho desde abajo. Usted lo escuchará desde arriba. La única manera de no escucharlo es no estar acá.

—¿Y por qué se queda?

Aníbal sonrió. Tenía los dientes manchados de tabaco y memoria.

—Porque en algún lado tengo que estar. Y afuera, usted sabe, también hay ruidos.

Paula supo que él también huía de algo. O de alguien. Los que se quedan en edificios viejos siempre están huyendo de algo. O esperando.

Esa noche, Paula no piso el departamento hasta después de las diez. Había pasado la tarde caminando por el barrio, aprendiendo las esquinas, los almacenes, los árboles que todavía tenían flores. Había comprado una lámpara de mesa en una casa de empeño y una planta de interior en una verdulería. La planta

El que susurra en el quinto piso

era un potus, una de esas que sobreviven con poca luz. Como yo, pensó. Como yo.

Cuando volvió a subir, el edificio estaba en silencio.

Demasiado silencio. No se escuchaban las televisiones, ni las puertas, ni el ascensor. Solo sus propios pies en la escalera. Y su respiración. Y, después, cuando llegó al segundo piso, un sonido nuevo.

No venía de arriba. Venía de dentro.

Del departamento 2-C.

Una voz de mujer. Muy baja. Muy rota. Cantando una canción de los setenta. Una canción que Paula había escuchado de chica, en la radio de su madre, antes de que su madre dejara de escuchar música.

La mujer cantaba desafinada, como si estuviera aprendiendo la letra en ese momento. Pero no había amargura en su voz. Había algo peor: esperanza. La esperanza de alguien que canta para que otro la escuche.

Paula se quedó un momento apoyada contra la puerta del 2-C,

El que susurra en el quinto piso

escuchando. La canción terminó. Y entonces, desde adentro, alguien aplaudió.

Una sola persona.

Un aplauso solitario, como el de alguien que está solo en una habitación y se aplaude a sí mismo.

Paula se apartó de la puerta y entró a su departamento. Cerró con llave. Puso la cadena. Y se sentó en el colchón con las piernas recogidas contra el pecho.

A las once y veinte, el ruido del quinto piso empezó.

Esa vez no fue un arrastre de silla. Fue algo distinto. Algo que ella no pudo identificar hasta que llevaba varios minutos escuchándolo, con los ojos abiertos en la oscuridad.

Era un susurro.

No palabras. Sonidos. Como si alguien estuviera hablando con la boca llena de algo. O como si estuviera tratando de decir un nombre y solo pudiera emitir el aire que lo acompañaba.

Un susurro que subía y bajaba de volumen pero nunca se

El que susurra en el quinto piso

detenía. Que a veces parecía acercarse y a veces parecía alejarse, pero siempre, siempre, estaba ahí. En el quinto piso. En el departamento vacío.

Paula se levantó. Abrió la puerta de su departamento. El pasillo estaba a oscuras. La única luz venía de un tubo fluorescente que parpadeaba cerca del ascensor. Se asomó a la caja de la escalera.

El susurro era más fuerte ahí.

Subió tres peldaños. Luego dos más. Se detuvo en el descansillo del tercer piso. El susurro venía de arriba. Más arriba. Del quinto.

—¿Hola? —dijo.

El susurro no se detuvo. Pero cambió. Como si la cosa —la voz, las hojas, los dedos, lo que fuera— hubiera girado la cabeza hacia ella sin dejar de hacer su ruido. Como si alguien, en algún lugar, hubiera inclinado la oreja.

Paula sintió un tirón en el pecho. No miedo. Algo más viejo. Algo que conocía de antes, de otra vida, de otro encierro. La sensación de que alguien la estaba escuchando a ella escuchar.

El que susurra en el quinto piso

La sensación de que no estaba sola.

Pero no en el pasillo.

En la cabeza.

Bajó los dos pisos de regreso. Cerró la puerta con llave. Puso la cadena. Y, por primera vez en meses, metió la mesa del living contra la puerta. No porque pensara que alguien fuera a entrar. Sino porque la costumbre de protegerse no se pierde. Se duerme. Pero despierta rápido.

El susurro continuó hasta el amanecer.

Ella no volvió a dormir.

A la tercera noche, Paula compró una libreta.

La librería estaba a dos cuadras. La atendió una mujer de anteojos gruesos, el pelo canoso recogido en un rodete, las manos manchadas de tinta como si hubiera estado escribiendo justo antes de abrir el local.

—¿Es para escribir o para dibujar? —preguntó.

El que susurra en el quinto piso

—Para escuchar —respondió Paula.

La librera asintió como si esa fuera la respuesta más normal del mundo. Luego, antes de cobrarle, apoyó la mano sobre la libreta.

—El edificio de la calle Suipacha —dijo. No preguntó. Afirmó.

Paula asintió.

—Mi abuela vivió ahí —dijo la librera—. En el tercero. Antes de que se fuera. Decía que el edificio escuchaba. Que cuando usted hablaba sola en su departamento, al otro día alguien repetía sus palabras. Como un loro. Pero sin gracia.

—¿Eso es todo? —preguntó Paula.

—Eso es suficiente —respondió la librera.

Y le cobró la libreta sin añadir nada más.

Esa noche, cuando el susurro empezó —puntual, las once y veinte, el mismo minuto de las noches anteriores—, Paula se sentó en el colchón con la espalda contra la pared. Abrió la libreta en la primera página. Sacó un bolígrafo del bolsillo de la

El que susurra en el quinto piso

campera.

Escribió la fecha. La hora. Escuchó durante diez minutos enteros, sin moverse, sin respirar casi.

Luego escribió:

No es un animal. No es una máquina. Es una persona que trata de decir algo y no puede.

Se quedó mirando esa última palabra. No puede.

Y entonces, por primera vez, se preguntó qué clase de persona pasa toda la noche susurrando sola en un quinto piso que todo el mundo dice que está vacío.

También se preguntó por qué, en lugar de tener miedo, sentía algo peor.

Comprensión.

Como si ella también pasara las noches susurrando cosas que nadie escucha.

Como si ella también estuviera en un quinto piso vacío,

El que susurra en el quinto piso

esperando a que alguien subiera las escaleras y le hiciera una sola pregunta:

¿Qué te pasó?

Pero el edificio no preguntaba. El edificio solo escuchaba.

Y esa noche, por primera vez, Paula entendió que el terror no era el susurro.

El terror iba a ser tener que responderle.